

to de contacto con la realidad» no depende de la edad del escritor, sino del «vicio» que desea poner de relieve y de sus propias motivaciones. Es éste el factor más importante: lo que antecede no sirve de nada si no intentamos adivinar por qué llega Quevedo a tales extremos, por qué pone tal empeño en humillar a los que parece odiar.

II) De las motivaciones del odio de Quevedo

Tenemos que volver a subrayar la violencia de Quevedo cuando habla de los médicos: su tono deja transparentar un odio tan feroz que es imposible dejar de lado el aspecto «ajuste de cuentas» o venganza personal ⁴⁸.

Por su parte, los historiadores y sociólogos pensarán en una motivación racial o racista ya que, como lo ponen de relieve diferentes estudios, se sabe que muchos médicos pertenecían al grupo de los descendientes de los judíos ⁴⁹. Sobre este particular, la actitud de Quevedo es la misma que la de los demás escritores del Siglo de Oro, si nos atenemos a lo que declara Glaser ⁵⁰: no se permite ni un solo ataque claro de tipo racista, lo cual no significa nada puesto que, como lo dice Domínguez Ortiz, la opinión pública «conservó largo tiempo su prevención» ⁵¹. ¿Qué duda cabe de que en ese contexto cualquier alusión, por muy leve que fuera, se interpretaba así? No se puede rechazar la hipótesis de la motivación racial o racista, ya que muchas veces aparece Quevedo bajo los rasgos de un antijudío o de un antimoro.

Existe sin embargo otra explicación posible: la de su desconfianza frente a cualquier ciencia o técnica. Son campos que le inquietan y, en el caso de la medicina, se añade un

⁴⁸ GOYANES y CAPDEVILLA (*op. cit.*), ASTRANA MARÍN (*La vida turbulenta de Quevedo*; Madrid, 1945) y el DUQUE DE MAURA (*Conferencias sobre Quevedo*; Madrid, 1945), entre otros, hablan de episodios que pudieron motivar su actitud frente a los médicos: su duelo con el médico de Lerma, Pedro Martín de Andueza y su enfermedad en 1612, cuando estuvo a punto de perder la vida por culpa de «una sangría que le propinó un barbero en Villanueva de los Infantes» (GOYANES, pág. 13) y debido a «la alevosa complicidad del facultativo que decía asistirle, pero no bien a morir» (MAURA, pág. 36). Dicho sea de paso, recordemos que el destino iba a obligarle a cambiar de opinión en los últimos días de su vida como lo demuestran las cartas que escribió en enero y agosto de 1645 a don Fco de Oviedo (Cartas 251 a 273; y Obras completas; t. II, Aguilar, Ed. de Felicidad Buendía). Que Quevedo se fiara de un representante de esa profesión en circunstancias tan particulares, no significa que estuviera dispuesto a olvidar los reproches que, durante tantos años, lanzó contra los facultativos.

⁴⁹ DOMÍNGUEZ ORTIZ (*Los judeoconversos en España y América*; Madrid, Istmo, 1971) señala que los conversos conservaron, hasta después de cambiar de apellido y de patria, las ocupaciones características de los judíos (pág. 230). SALOMON, N. (*Recherches sur le thème du paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega*; Bordeaux, Institut d'études ibériques, 1965; págs. 115-116) da las cifras que saca del examen de las actas de los juicios por judaísmo. Entre las profesiones elegidas por los descendientes de los judíos, el ejercicio de la medicina es un hecho indiscutible. No olvidemos que, si las pruebas de limpieza de sangre son indispensables, en Aragón por ejemplo, para los que ejercen una de las profesiones sanitarias (véase MENÉNDEZ DE LA PUENTE, *op. cit.*; págs. 17-18), como lo señala DOMÍNGUEZ ORTIZ (*Los judeoconversos...*, pág. 232), se trata de medidas poco eficaces y la reputación profesional de los descendientes de los judíos es un hecho innegable.

⁵⁰ GLASSER, E: *Referencias antisemitas en la literatura peninsular de la Edad de Oro* (Nueva Revista de Filología Hispánica, 1954).

⁵¹ DOMÍNGUEZ ORTIZ (*Los judeoconversos...*, pág. 232).

elemento más, el asco que le inspiran esos hombres que van husmeando excrementos y orines y que tienen «la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios»⁵².

¿No sería posible que la condena tuviera sus raíces en una concepción filosófico religiosa de la enfermedad? Si pensamos en la definición, perfectamente admitida entonces, de los males que aquejan a los hombres, tenemos que reconocer que estar enfermo participa del orden natural así que Quevedo, enemigo de cualquier transgresión, difícilmente podría aceptar que nadie intentara oponerse a tal realidad, lo que no le impedía, eterna contradicción del hombre, sentir un miedo pánico por la muerte⁵³.

¿Por qué no seguir en esta dirección? Orden natural y divino son indisociables en la filosofía de la época: la enfermedad, mal natural, es también un castigo divino, y luchar contra ella es levantarse contra Dios, lo que implica motivaciones dudosas de parte de quien se atreve a tanto. Por otro lado, el combate entre Dios y los hombres es tan desigual e inútil que la gente sensata debe sospechar de los medios empleados por los médicos que se ven rápidamente asimilados al grupo de los estafadores.

Estas y otras muchas explicaciones parecen plausibles y nadie puede privilegiar una dejando de lado las demás. Se abre sin embargo otra dirección posible.

Sabemos perfectamente, y varios estudios lo demuestran, que ya en la época de su formación en el Colegio Imperial de Madrid, Quevedo recibió la influencia de los jesuitas⁵⁴, y luego la de Justo Lipsio⁵⁵ que, unida a la de Séneca⁵⁶, explica el enfoque sorprendente de algunas páginas⁵⁷. El estoicismo cristiano de Quevedo puede ser otra de las soluciones, pero entonces el punto de partida no sería la acción discutible de los médicos, sino la visión y la percepción de la situación de los enfermos.

En primer lugar, es de notar su posición particular entre las demás víctimas de la sociedad despiadada descrita por Quevedo. En la mayoría de los casos el origen de las exacciones cometidas por los que salen ganando se halla en la codicia o en el vicio de las víctimas que son tan culpables como sus verdugos. En esa lucha de ingenios malos vence el más listo y sale perdiendo no el inocente, sino el más torpe: vencedor y vencido no son más que las dos caras de la misma moneda.

El caso es diferente cuando se trata del enfermo, doble víctima, del médico y de la en-

⁵² *El sueño de la muerte*, O. C.; t. 1, pág. 175b.

⁵³ David Peyre explica la ferocidad de Quevedo por la «obsesión que siente por la muerte» y por «el odio que le inspiran los que desean cambiar, en beneficio propio, el orden social y natural» (*op. cit.*; pág. 407). MAS (*La caricature de la femme, du mariage et de l'amour dans l'oeuvre de Quevedo*; París, Ed. Hispano-Americanas, 1957; pág. 329) ve en ese respeto del orden social y natural el origen de otra violencia de Quevedo: la que aparece cuando emprende con las «novedades».

⁵⁴ Véase lo que declara GENDREAU (*Héritage et création: recherches sur l'humanisme de Quevedo*; Paris, Université de Lille, 1977; pág. 16). Véase también ROTHE (*Quevedo und Seneca*; Genève, 1965; págs. 18-20).

⁵⁵ BATAILLON declara que:

Quevedo asoció al humanismo devoto de San Francisco de Sales, el estoicismo cristiano de Justo Lipsio... (*Erasmus...*, *op. cit.*; pág. 774).

⁵⁶ GENDREAU (*op. cit.*; págs. 124 y 150) prefiere ver la huella de Séneca en la formación de lo que califica «estoicismo original» de Quevedo.

⁵⁷ DELACROIX, P. afirma que aparecen ciertos rasgos senequistas hasta en los *Sueños* (*Quevedo et Sénèque*; Bulletin Hispanique, 1954; pág. 305).

fermedad. Bien es verdad que, para Quevedo, el paciente carga con parte de la culpa. Como lo dice, después de enumerar los excesos cometidos por el hombre desde niño:

*no hay pecado en el alma que no sea también enfermedad en el cuerpo... Después que la enfermedad enfermó la naturaleza, mi naturaleza es enferma, y yo soy una enfermedad viva...*⁵⁸

Bien es sabido que a partir de esta consideración los estoicos querían que los hombres se fortalecieran moralmente: la enfermedad no es más que uno de los accidentes que pueden abatirse sobre los humanos y el individuo tiene que prepararse para aguantarlos con ánimo firme. Si bien es verdad que encontramos un eco en Quevedo de la lección de Séneca⁵⁹, el mero hecho de que se trate de algo inevitable hace más odiosa la actitud de los que desean sacar provecho de la mala suerte ajena. La defensa de la víctima, sometida a las exacciones de un grupo, ésta eso puede ser otra motivación, cristiana en este caso, de Quevedo, y nadie puede, lógicamente, apartar la posible influencia estoico cristiana.

Entre los que se mueven en el gran cuadro social pintado por Quevedo, los médicos ocupan un sitio señalado. Por cierto, nuestro censor se aleja muchas veces de la verdad en su deseo de lograr una crítica mordaz. Si bien es verdad, por una parte, como lo apunta Granjel, que el Quevedo estoico reprocha a sus contemporáneos su poca serenidad frente al dolor y a la desgracia⁶⁰, y si, por otra parte, como la declara David Peyre, denuncia la actitud de diferentes grupos que desean aprovecharse de su situación, poco importa que los médicos no sean los únicos⁶¹ si, en la visión que nos ofrece, son los que más le preocupan. Para zanjar la cuestión que nos ocupa, pensamos que podemos aplicar al tema que nos interesa lo que dice Pelorson⁶² de los letrados: en vez de buscar en las páginas de los escritores del Siglo de Oro una verdad inmediata y definitiva, y en lugar de fiarse del reflejo, o de los reflejos, que del mundo de los médicos nos ofrecen, más vale volver a esos escritos después de conocida, gracias a otras fuentes, la realidad histórica del grupo incriminado, no para negar cualquier valor al «testimonio», sino para saborear su posible fineza o actualidad. Añadiremos que si se trata de saborear, el placer es doble cuando el lector está frente a una forma que no es sino un tópico literario y a un contenido en conexión directa con la realidad o que traduce motivaciones personales indiscutibles, o sea, cuando el molde tradicional le abre la puerta de un universo reconocible históricamente o le obliga a pasar del

⁵⁸ *De los remedios de cualquier fortuna*; «Estoy enfermo», O. C.; t. 1, pág. 961b y a.

⁵⁹ Escribe Quevedo respecto a las enfermedades: «son bienes... son medicinas» (*De los remedios de cualquier fortuna*; «Estoy enfermo») y añade, hablando del dolor:

*Si por tu culpa lo padeces, toléralo
como castigo de tu culpa, si le padeces
sin ella, súfrele, por no culparte
con no sufrirle (id.; «Del dolor», O. C.; t. 1, pág. 963b).*

Detrás de esta fórmula surge la de Séneca en su carta a Lucilio (carta 61):

*Itaque sic animus componemus ut
quicquid res exiget id velimus...*

⁶⁰ GRANJEL: *Humanismo y medicina* (Universidad de Salamanca, 1968; pág. 295).

⁶¹ DAVID PEYRE (*op. cit.*; pág. 405).

⁶² PELORSON: *Les «letrados», juristes castillans sous Philippe III* (Université de Poitiers, 1980; pág. 149).

campo de lo objetivo al de lo subjetivo, del de la historia y de la sociología al de la psicología. Si el lector acepta los escritos de Quevedo o los rechaza, sin más averiguaciones, comete una doble equivocación; si se acerca antes, a través de ciertos estudios, a la realidad de la época, tendrá la sorpresa agradable de descorrer el velo que cubre, debido al tiempo transcurrido, la vida de la sociedad de aquella época, y el que esconde algunos aspectos de la personalidad fascinadora de Quevedo.

RENÉ QUERILLAC

3 Rue de la Gourmète

44300 NANTES

Francia